Posibles preguntas:

-vincular responsabilidad con acto del sujeto.

-función de grupo en la adolescencia con características de la época actual.

-idea de Winnicott de inmadurez y articular con el lugar del adulto.

-aportes del psicoanálisis para pensar las características del vinculo docente alumno.

-caracterizar educar como profesión imposible.

Imputabilidad y adolescencia. Miguel Calvano

Entre el discurso jurídico y la adolescencia:

Imputabilidad es un término estrictamente jurídico. La posibilidad de referir una acción a un agente como causa de esa acción.

Para Kant, la imputabilidad es el juicio por medio del cual alguien es considerado como autor. Establece que hay una libre elección para el autor de una acción civil sometida a leyes, a la cual llama hecho.

Esto supone que una acción civil es la acción animal sometida a leyes, lo que quiere decir que hay un Estado que las establece. La acción deviene civil por la inscripción en el Estado del sujeto agente de esa acción. La acción deviene moral por la inscripción en el campo de la cultura del sujeto agente de esa acción.

Según Kant, la cultura es un efecto de la ley, lo cual coincide con el planteo freudiano de que el fundamento de una cultura es la ley, ley a la que él llama prohibición del incesto.

Al término imputabilidad, el psicoanálisis lo toma como responsabilidad. Hay para el psicoanálisis dos tipos de responsabilidades. La que le corresponde al analista: su responsabilidad es la de conducir un análisis. Y la responsabilidad en relación con el analizante. Desde esta perspectiva, observamos un movimiento que va desde la culpa a la responsabilidad.

Responsable es aquel que debe responder, el que está conminado a responder en el curso de su análisis. Si decimos que el responsable debe responder, lo estamos planteando como respuesta a lo que se le demanda, tanto si contesta como si no lo hace. El sujeto emerge como respuesta a lo que falta en el Otro. La caída que el sujeto es, es lo que falta en el Otro.

Ante quien responde este sujeto demandado a responder: Ante el Estado, cuyo representante es, en principio, la policía. En segundo lugar, ante la ley, cuyo representante es la justicia. En tercer lugar, en la soledad, en la intimidad, el sujeto responde ante su deseo. Recién entonces empieza a aparecer un psicoanalista.

Habría dos responsabilidades: la que alguien tiene ante el requerimiento judicial, respuesta moral (verdad de los hechos), y la que tiene ante su analista, respuesta sobre la verdad (verdad del deseo).

Apropiación:

La apropiación es la posibilidad de lectura de su acto por parte del sujeto, del cual es efecto. Las consecuencias de la lectura quieren asumir las consecuencias de su acto. Este acto no siempre está en relación con las intenciones inconscientes de alguien.

El psicoanálisis postula que la responsabilidad no es un juicio previo al obrar. Sitúa esta doctrina de que el sujeto es efecto de su acto, que el acto lo constituye como sujeto.

Los psicoanalistas, más que interesarse en los porqués del acto, se interesarían en aquello en lo cual el criminal se ha convertido: qué es el criminal a partil de tal crimen.

La apropiación es la aptitud para afrontar la soledad que implica soportar que un acto tiene consecuencias. Tiene consecuencias en lo real, lo cual significa que un acto se inscribe como un trazado, como un surco en el campo moral, en lo que suele llamarse “cultura”.

A la apropiación la llamamos dignidad, honra, honor. Si es un movimiento que no termina de producirse, suele no haber convergencia entre el sujeto y su acto: APROPIACION IMPROPIA.

Tomemos por ejemplo el caso de los dos niños ingles que asesinaron a otro niño. Al ser interrogados por la policía en relación con los motivos de su acción, respondieron: “no sé”. Ese “no sé” nombra la impropiedad, esa falta de reconocimiento entre alguien y sus hechos.

Jurídicamente el niño es un inimputable: no es responsable por sus hechos. Imputarlo jurídicamente le hace perder su condición de niño.

En el movimiento de apropiación del acto, en el movimiento de subjetivación de alguien, el accionar institucional de la justicia permite motorizar ese movimiento o puede cercenarlo. La justicia ubica condiciones sociales y morales para dicha apropiación.

El dictamen de inimputabilidad no propicia movimientos subjetivos de apropiación del hecho.

La inimputabilidad supone que, un sujeto psicótico, no pudo hacer otra cosa que la que hizo, que no había libertad de elección.

El arrepentimiento sería uno de los nombres para la traducción subjetiva de lo que llamamos sujeto, la recuperación de la dignidad, de la humanidad, el buen nombre y el honor.

¿De qué depende el arrepentimiento, este asentimiento subjetivo? De la conciencia moral, de la instancia psíquica de autobservación.

Adolescencia y globalización:

La adolescencia es el momento del abandono de las teorías sexuales infantiles y el abandono de la satisfacción para el Otro parental. Es el pasaje a la inexistencia de la relación sexual y a la responsabilidad por el propio goce.

Cada púber ingresa en el mercado del sexo. La sexualidad, su posibilidad de uso, es la diferencia entre el juego infantil y el juego de la pubertad: este juego se paga, se paga con goce. La sexualidad es este pago.

La iniciación incumbe tanto a lo que se espera de ellos, como lo que ellos esperan del mundo Otro. Los adolescentes esperan que la obligada postergación de la infancia culmine y se inicie el tiempo de acto. Por su parte, el mundo adulto espera de ellos que ingresen en el mundo universal de la ley: se los nivela en relación con la ley, que es una nivelación entre individuos igualmente afectados por la ley.

El ingreso en la ley de intercambio puede formularse de este modo: en la iniciación puberal se recibe una palabra, un don que permite hacer lazo social, hacer lazo a partir de la inscripción que el Otro hace del sexo del púber.

La iniciación no es un acto puntual. Dura lo que dura el tiempo de apropiación de este don, de esta nueva ubicación en el mundo de la ley y en el mundo del sexo. A este tiempo de apropiación lo llamamos adolescencia.

La adolescencia es el tiempo en que el púber se hace responsable, que se apropia de lo que se le dona y lo hace propio, lo hace íntimo.

“Mi hijo es un irresponsable”, ¿es solo un juicio moral? Para una lectura psicoanalítica, la irresponsabilidad que se les atribuye marca lo fallido de esta etapa, lo que no pudo ser tomado del goce irrefrenable en la recién llegada universalidad legal que la pubertad supone.

Ellos tienen diversas y conocidas estrategias para dominar lo indómito de su cuerpo: los procesos indentificatorios con ideales grupales. A estos grupos los llaman tribus. Algunos tienen la particularidad de hacer su voluntad, ley. Están regidos por sistemas particulares de legislación con los que precariamente, y a veces peligrosamente, enfrentan las nuevas exigencias de vida. En muchos casos, a través de sus comportamientos, dan cuenta del fracaso, de la vacilación respecto de lo que han recibido o no han recibido del Otro parental.

Si el espacio social no los enmarca, lo intentan romper para entrar en él.

Momento de concluir:

La adolescencia es un tiempo de metamorfosis. Se ponen en cuestión los sistemas de valores de los padres, cuando los hubo, y se elige un sistema de valores propio. Para llevar más adelante esa ruptura se necesita tiempo, apropiación. De manera que resulta indispensable la presencia del Estado para acompañar a los jóvenes en ese tiempo de transformaciones.

En la adolescencia comienza a situarse el orden de la responsabilidad para los jóvenes porque se hacen posibles:

* Una aptitud para responder en soledad por las consecuencias de su acto.
* Una aptitud para responder ante la ley por las consecuencias de sus hechos.
* Una aptitud para producir un trazo en el campo moral.

Orientación vocacional. Boholavsky

¿Qué es la orientación vocacional?

Es un campo de actividad de los científicos sociales. Constituye un amplio orden de tareas que incluyen lo pedagógico y lo psicológico en el nivel del diagnóstico, la investigación, la investigación, la prevención y resolución de la problemática vocacional. De acuerdo con este planteo, las tareas que tienden a prevenir y/o resolver los factores implicados en lo que se puede llamar “proceso de orientación ante la situación de elección”, no son de incumbencia exclusiva del psicólogo sino, en muchos casos, tareas de un equipo en el que el pedagogo, el sociólogo, el profesor secundario, etcétera, están llamados a cumplir un importante papel.

Sin embargo, existe una dimensión de la tarea en la que el campo privativo del psicólogo: el del diagnóstico y la resolución de los problemas que los individuos tienen en relación con su futuro como estudiantes y productores en el sistema económico de la sociedad a la que pertenecen.

La orientación vocacional constituye uno de los campos de trabajo preferido por los psicólogos argentinos. Requiere no solo la explicitación de técnicas y recursos para un análisis exhaustivo de los mismos, sino también la formulación de esquemas conceptuales pertinentes a su temática específica.

La elección se hace un momento crítico de cambio en la vida de los individuos. De cómo las personas enfrenten y elaboren ese cambio, dependerá el desarrollo ulterior ubicable en algún punto del continium que va de la salud a la enfermedad.

Por orientación vocacional se entienden en nuestro medio distintas actividades que responden a marcos de referencia, orientaciones teóricas, concepciones filosóficas y científicas y técnicas de trabajo diversas, aun cuando no siempre las diferencias sean bastante explicitas.

* Modalidad actuarial: Para los psicólogos que se colocan en esta posición, el joven que debe elegir una carrera o un trabajo puede ser asistido por un psicólogo si este, una vez conocidas las aptitudes e intereses del consultante, puede encontrar entre las oportunidades existentes, aquellas que más se ajusten a las posibilidades y gustos del futuro profesional. El test es un instrumento fundamental para conocer esas aptitudes e intereses: parece describir con rigor las cualidades personales del interesado y una vez hecho esto, basta formular un consejo que resuma lo que al joven “le conviene hacer”. Sus descripciones cuantitativas son cada vez más rigurosas.
* Modalidad clínica: Para los psicólogos ubicados en esta otra posición la elección de una carrera y un trabajo puede ser asistida si el joven puede llegar a tomar en sus manos la situación que enfrenta y, al comprenderla, llegar a una decisión personal responsable. La entrevista es para estos psicólogos el principal instrumento ya que en ella se condensan los tres momentos del acontecer clínico. El psicólogo se abstiene de adoptar un rol directivo, no porque desconozca las posibilidades de un “buen ajuste”, sino porque considera que ninguna adaptación a la situación de aprendizaje o trabajo es buena si no supone una decisión autónoma.

Supuestos subyacente a cada modalidad:

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  | Modalidad actuarial | Modalidad clínica |
| 1 | El adolescente, dado el monto y tipo de conflicto que enfrenta, no está en condiciones de llegar a una decisión por sí mismo. | El adolescente puede llegar a una decisión si logra elaborar los conflictos y ansiedades que experimenta frente a su futuro. |
| 2 | Cada carrera y profesión requiere aptitudes específicas. Estas son: a) definibles a priori, b) mensurables, c) más o menos estables a lo largo de la vida. | Las carreras y profesiones requieren potencialidades que no son específicas. Por lo tanto, éstas no pueden definirse a priori, ni mucho menos, ser medidas. Estas potencialidades no son estáticas sino que se modifican en el transcurso de la vida, incluyendo, incluyendo, por supuesto, la vida de estudiante y de profesional. |
| 3 | El goce en el estudio y en la profesión depende del interés que se tenga por ellos. El interés es específico, mensurable y desconocido por el sujeto. | El goce en el estudio y en la profesión depende del tipo de vínculo que se estable con ellos. El vínculo depende de la personalidad que no es un a priori sino que se define en la acción. El interés no es un desconocido para el sujeto, aunque posiblemente los motivos que determinaron ese interés específico. |
| 4 | Las carreras no cambian. La realidad sociocultural tampoco. Por eso se puede predecir, conociendo la situación actual, el desempeño futuro de un sujeto. | La realidad sociocultural cambia incesantemente. Surgen nuevas carreras, especialización y campos de trabajo continuamente.  |

Elección vocacional e inserción laboral. Diaz, Hillert.

La situación de incertidumbre frente al futuro:

En estos tiempos han aumentado la oferta y la demanda de orientación vocacional. El imperativo cultural actúa en el contexto de reconversiones tecnológicas vertiginosas que modifican en plazos cada vez más breves las exigencias requeridas para la inserción social y laboral de los jóvenes. Se exigen respuestas acertadas para hacer frente a circunstancias fortuitas.

Frente a este cuadro de situación, algunos emprenden raudamente la huida, se inhiben; otros se toman el avión; para algunos otros, la alternativa es sumarse a una marcha tal como la de Forrest Gump. Los adolescentes excluidos solo ven la posibilidad de elegir hacer activamente lo que sufrieron pasivamente.

Muchos otros, piden orientación vocacional. Se encuentran con variadas propuestas en el mercado para tramitar la situación de decidir a qué dedicarse luego de finalizado un ciclo de estudio donde las determinaciones han corrido por cuenta de los padres y la legislación educativa.

En líneas generales, cuando piden orientación, los adolescentes ya saben lo que se espera de ellos: que hagan algo para no perder el tren. Están obligados a decidir precipitadamente.

La insensatez de una exigencia como “hacé la tuya” no reside solo en lo paradójico de su contenido, sino también en el lugar en apariencia inapelable desde donde es emitida: ese lugar está ocupado por el deseo de quien orden cómo marcar el paso. Los que representan el ideal social desean que los jóvenes no malgasten su precioso tiempo y los dejan en libertad de desear lo mismo: por lo tanto, en esa lógica no hay elección, hay que elegir rápido y bien, con la satisfacción garantizada.

La libertad de no elegir:

El mercado de orientación vocacional, desde el punto de vista de la psicología, consiste en acentuar la promesa de armonización de las aptitudes individuales con las necesidades del mercado. Desde el punto de vista del discurso social hegemónico, esta oferta tiene un lema: no hay elección.

“No hay que equivocarse, no hay que fracasar, no hay que perder el tiempo”.

El cliente, el chico desorientado, compra, pero lo basta. Es otra cosa lo que busca: cómo hacerse cargo de una elección que no es la suya.

No es posible no elegir:

Este malestar tiene sanción social. Los adolescentes tienden a converger en la frase: No hay elección. Para los sujetos de esa falta de dirección, por exceso de significado, encallados en un sentido de mano única, se trata del doloroso descubrimiento de que no les es posible no elegir. Porque, si ellos dejan la elección en manos de otros, ya están eligiendo.

Los tiempos del sujeto de la adolescencia, los trayectos que necesita realizar para elegir en función de su vocación no coinciden con la pretensión de velocidad que el lazo social postmoderno exige que el mundo marche sobre ruedas.

Los profesionales que orientan a los jóvenes desde un ideal de inmediata inserción en el lazo social capitalista, que les venden modelos de adaptación, provocan el efecto contrario del que persiguen: aumentan la pérdida de tiempo para el sujeto de la elección y para su inserción laboral. Esto sucede así porque, en general, cuanto más apremiado se encuentre el sujeto por una exigencia insensata, mayor será su inhibición, mayor su angustia, y también mayor la posibilidad de actuaciones más o menos violentas o desesperadas.

Un recorrido valioso:

El discurso hace lazo social, funciona y produce porque existe el lenguaje y, en consecuencia, el inconsciente. Los parlantes somos los únicos seres afectados y efectos del lenguaje. Por lo tanto, es impensable la producción en la cultura fuera de los lazos sociales.

En el mundo de las corporaciones, de un lado quedan los que asumen el riesgo de mandar de acuerdo con lo que manda, y del otro lado quedan los que obedecen, los que saben que tiene que hacer algo para vivir en este mundo: la amenaza es quedar por fuera, al margen del consumo, del trabajo, del intercambio. A esta estructuración del lazo social, Lacan lo llamó discurso capitalista.

La velocidad y la aceleración de los cambios se constan en la vida cotidiana; en parte se explica porque quienes ocupan el lugar dirigente en el discurso capitalista se someten a una orden insensata; deseosos de consumar logros, no tiene que importarles tanto su sentido concreto, sino su valor en excelencia, competitividad y beneficio.

Lo uno de un mundo nuevo apremia a ciertos adolescentes que dan la impresión de que nacieron sabiendo, pero ese uno hace de ellos los otros del uno, objetos del ansia de gozar. Ellos mientras gozan no desean. El amo, en est discurso, alimenta su propia avidez de nuevos mundos. Lo producido por lo que obedecen no se reúne con el ansia de producir ni con lo ajeno que ordena producir. Esta disyunción nutre el discurso, no lo cierra. No todos quieren ni pueden hacerse sus propios empresarios. Pero cada uno consumirá hasta consumar el vínculo: del lado del que comanda, queda el encuentro siempre en falta con un deseo de más goce; del lado de quien obedece, queda el consumo de los objetos incluido el de su cuerpo y el de su tiempo.

El pedido de orientación vocacional engaña… sin embargo dice la verdad:

Los pedidos de orientación vocacional formulados por adolescentes no resultan manifiestamente ambiguos, ya que pueden escucharse como la solicitud de una respuesta directiva y precisa. El psicoanálisis parte de reconocer la ambigüedad en el pedido y la distancia entre lo enunciado.

Se parte de la premisa de una elección forzada. Así establecemos en primer lugar la conjunción, como relación del sujeto al Otro. Conjunción que funciona en el proceso de realización subjetiva en una zona de superposición de carencias entre el sujeto y el Otro.

La operación de alienación toma consistencia imaginaria, sentido común, en expresiones que la refieren al percibirse uno mismo más o menos enajenado o manipulado por un poder de múltiples manifestaciones, pero masificador, omnipotente, anónimo, ante el cual se desvanece el sujeto. El sentido del Otro lo cubriría todo, descripción inconcebible salvo en situaciones de sometimiento absoluto.

Se escucha a los jóvenes decir: “te imponen tal o cual cosa”. En la frase, el sujeto del mandato es impersonal. El objeto es otro como yo = vos. Vos y yo quedan en una relación de simetría frente a un enemigo común, imaginarizado como privador de cualquier acceso al goce, ya sea en el terreno sexual o sublimatorio.

Para lograr que este proceso circular se resuelva de una manera productiva para el adolescente, en primer lugar hay que instituirlo en una relación no recíproca: del sujeto al deseo del otro (qué quiere el otro de mí): y del Otro retornando al sujeto a través de la dialéctica inherente al significante: la multivocidad y los sinsentidos propios del trabajo inconsciente.

“O ¿me sirve o me gusta? O…” Este enunciado funciona como disparador del trabajo discursivo y posibilita el recorte de la zona de superposición entre la falta de ser del sujeto y la carencia del Otro.

Solo interviniendo en las fracturas lógicas de este discurrir logra plantearse en otro nivel la necesidad subjetiva de una elección: una posición no definitiva ni eterna pero que ha recorrido alguno de los puntos donde la división del sujeto adquiere relieve significativo.

Este trabajo psicoanalítico persigue transformar el pedido inicial en articulación de la demanda de un sujeto comprometido en la elección. Aparecen indicadores de que se está produciendo la segunda operación lógica en el proceso de realización subjetiva: la separación. Para un acto de elegir, la separación representa una torsión con respecto a la alienación. Así retorna del Otro una falta en la respuesta que obliga al sujeto a procurarse su propio juego, con la aceptación del riesgo de desconocer las consecuencias de los pasos que en ese momento está dispuesto a dar.

¿La vocación esta desde el origen?:

Etimológicamente: “vocación”, del latín, vocatio. Inspiración con que destina la Providencia para un papel determinado. Por extensión: aptitud especial para una profesión o carrera.

Si entendemos la Providencia como el lugar del otro, cuerpo de saber del que el sujeto queda excluido hasta que pueda tomar la palabra, si en este Otro hay entrada, aire, porque funciona en sus fallas, el sujeto podrá jugar con la voz caída del Otro y no quedará asfixiado ni aturdido por ella.

La etimología revela el vínculo en el uso de la lengua de la vocación con la palabra que demanda. Ella modula las voces, es el instrumento de la voz. No hay voz fuera del campo del lenguaje. El trabajo del taller transforma la Voz de la secta adolescente, en el uso del vos que habilita la interlocución.

Si del Otro cae la voz, vos elegís intercambiando con otros:

En elección vocacional queda articulado un acto en dos tiempos sucesivos: alienación y separación en la realización del sujeto, con un llamado Otro. Esto puede desplegarse en los recorridos de un trayecto donde retorne del Otro la falta de garantía, falta en el Otro que puede señalarse concretamente en el discurso.

Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente. Winnicott

La dinámica es el proceso de crecimiento, que cada individuo hereda. Se da por sentado el ambiente facilitador, lo bastante bueno. Hay genes que determinan pautas y una tendencia heredada de crecimiento y logro de la madurez, pero nada sucede en el crecimiento emocional que no se produzca en relación la existencia del ambiente, que tiene que ser lo bastante bueno. La palabra perfecto no entra en esta formulación.

En la base de todo esto se encuentra la idea de independencia individual, siendo la dependencia casi absoluta al principio; luego cambia, poco a poco y en forma ordenada, para convertirse en independencia relativa y orientarse hacia la independencia. Esta no llega a ser absoluta, y el individuo a quien se ve como una unidad autónoma, en la práctica nunca es independiente del medio, si bien existen formas gracias a las cuales, en su madurez, puede sentirse libre e independiente, tanto como haga falta para la felicidad y para el sentimiento de posesión de una identidad personal. Mediante las identificaciones cruzadas se esfuma la tajante línea divisoria del yo y el no-yo.

¿Enfermedad o salud?

La sociedad abarca a todos sus miembros. Cuando están psíquicamente sanos, estos constituyen y mantienen la estructura de aquella. Pero la sociedad también tiene que contener a los que se encuentran enfermos; por ejemplo: los inmaduros, los psicopáticos, los neuróticos, los melancólicos, los esquizoides, los esquizofrénicos, los paranoides.

Ningún rótulo psiquiátrico se acomoda con exactitud al caso, y menos que ninguno el de “normal” o “sano”.

Winnicott decide mirar la sociedad en términos de salud, es decir, en su salud o perpetuo rejuvenecimiento naturales, gracias a sus miembros psiquiátricamente sanos.

“Normal” tiene una excesiva vinculación con un modo de pensar fácil. Existe algo llamado salud psiquiátrica, lo cual significa que se podría estudiar a la sociedad como formulación, en términos colectivos, del crecimiento individual orientado hacia la realización personal. No hay realización personal sin sociedad, ni sociedad fuera de los procesos de crecimiento colectivos de los individuos que la componen. Las personas psiquiátricamente sanas dependen, para su salud y su realización personal, de su lealtad a una zona delimitada de la sociedad.

**Tesis principal:**

Sabemos que el elemento materno tiene importancia en la forma en que sostiene y manipula a un bebé. En esta teoría del cuidado del niño, la continuidad de dicho cuidado ha llegado a ser un rasgo central del concepto del ambiente facilitador, y entendemos que gracias a esa continuidad, y solo con ella, puede el bebé, en situación de dependencia, gozar de continuidad en la línea de la vida, y no pasar por una pauta de reacción ante lo impredecible y volver a empezar una y otra vez.

A Winnicott riqueza de la felicidad que se construye en la salud y que no crece en mala salud psiquiátrica, aunque los genes puedan empujar al bebé hacia su realización personal.

Más confusión:

Una fuente de confusión es la voluble suposición de que si las madres y los padres crían bien a sus bebés y niños, habrá menos problemas. ¡Lejos de ello!

En la adolescencia, los éxitos y fracasos del cuidado del bebé y el niño empiezan a ser empollados, algunos de los problemas actuales se relacionan con los elementos positivos de la crianza moderna, y de las actitudes modernas respecto de los derechos del individuo.

Si se hace todo lo posible para promover el crecimiento personal de los descendientes, habrá que hacer frente a resultados sorprendentes. Si sus hijos llegan a encontrase a sí mismos, no se conformaran con encontrar algo, sino que buscaran la totalidad la totalidad, y ello incluirá la agresión y los elementos destructivos que existen entre ellos, tanto como los que se puede denominar amantes. Y se producirá esa larga pendencia a la que habrá que sobrevivir.

Las recompensas que los padres obtengan vendrán en la forma de la riqueza que aparezca poco a poco en el potencial personal del hijo.

**Muerte y asesinato en el proceso adolescente:**

En la época de crecimiento de la adolescencia los jóvenes salen, en forma torpe y excéntrica, de la infancia, y se alejan de la dependencia para encaminarse a tientas hacia su condición de adultos. El crecimiento no es una simple tendencia heredada, sino, además, un entrelazamiento de suma complejidad con el ambiente facilitador. SI todavía se puede usar a la familia, se la usa, y mucho; y si ya no es posible hacerlo, ni dejarla a un lado, es preciso que existan pequeñas unidades sociales que contengan el proceso adolescente. Si uno ha pasado bien por esas primeras etapas, y hace lo propio en las siguientes, no debe contar con un buen funcionamiento de la máquina. En rigor, tiene que esperar que surjan problemas.

Resulta valioso comparar las ideas adolescentes con las de la niñez. Si en las fantasías del primer crecimiento hay un contenido de muerte, el contenido en la adolescencia será de asesinato. Crecer significa ocupar el lugar del padre. Y lo significa de veras. En la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo.

Se ve útil observar el juego de “Soy el rey del castillo”. Este juego corresponde al elemento masculino que en chicas y chicos. Es una reformulación de existencia personal. Es una consecución de crecimiento emocional individual, una situación que implica la muerte de todos los rivales o el establecimiento del dominio.

Si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se lograra sobre el cadáver de un adulto. La rebelión corresponde a la libertad que se ha otorgado al hijo, al educarlo de tal modo que exista por derecho propio. En algunos casos se podría decir: “Sembraste un bebé y recogiste una bomba”.

En la fantasía inconsciente total correspondiente al crecimiento de la pubertad y la adolescencia existe la muerte de alguien. Mucho puede lograrse en el juego y con los desplazamientos, y sobre la base de las identificaciones cruzadas; pero en la psicoterapia del adolescente, la muerte y el triunfo personal aparecen como algo intrínseco del proceso de maduración y de la adquisición de la categoría de adulto.

El tema del inconsciente puede hacerse manifiesto como la experiencia de un impulso suicida, o como un suicidio real. Los padres están en condiciones de ofrecer una escasa ayuda; lo mejor que pueden hacer es sobrevivir, mantenerse intactos y sin cambiar de color, sin abandonar ningún principio importante. Esto no quiere decir que no puedan crecer ellos mismos.

En la adolescencia se convertirán en bajas o llegaran a una especie de madurez en términos de sexo y matrimonio, y quizás sean padres como los suyos propios. Y ello puede bastar. Pero en segundo plano se desarrollara una lucha de vida o muerte. La situación no posee una plena riqueza si se evita con demasiada facilidad y éxito el choque de las armas.

Es posible que de pronto un niño de cualquier edad necesite hacerse responsable, quizá por la muerte de uno de los padres o por la separación de la familia. Ese niño será prematuramente viejo y perderá espontaneidad y juegos, y el alegre impulso creador. Pero las cosas son muy distintas cuando, por política deliberada, los adultos delegan la responsabilidad; por cierto que hacer tal cosa puede ser una forma de traicionar a los hijos en un momento crítico. En términos del juego o juego de la vida, se abdica en el preciso momento en que ellos vienen a matarlo a uno. ¿Alguien se siente feliz con eso? Sin duda que no el adolescente, quien entonces se convierte en el establecimiento. Se pierde toda actividad imaginativa y los esfuerzos de la inmadurez. Ya no tiene sentido la rebelión, y el adolescente que triunfa demasiado temprano resulta presa de su propia trampa, tiene que convertirse en dictador y esperar a ser muerto, no por una nueva generación de sus propios hijos, sino por sus hermanos.

El adolescente es inmaduro. La inmadurez es un elemento esencia de la salud en la adolescencia. No hay más que una cura para ella, y es el paso del tiempo y la maduración que este puede traer. La inmadurez es una parte preciosa de la escena adolescente. Contiene los rasgos más estimulantes de pensamiento creador, sentimientos nuevos y frescos, ideas para una nueva vida. La sociedad necesita ser sacudida por las aspiraciones de quienes no son responsables. Si los adultos abdican, el adolescente se convierte en un adulto en forma prematura, y por un proceso falso. Se podría aconsejar a la sociedad: por el bien de los adolescentes y de su inmadurez, no les permitan adelantarse y llegar a una falsa madurez, no les entreguen una responsabilidad que no les corresponde, aunque luchen por ella.

Con la condición de que los adultos no abdiquen, no cabe duda que podemos pensar que los esfuerzos de los adolescentes por encontrarse y determinar su destino son lo más alentador que podemos ver en la vida que nos rodea. El concepto del adolescente acerca de una sociedad ideal es incitante y estimulante, pero lo característico de la adolescencia es su inmadurez y el hecho de no ser responsable. Este, su elemento más sagrado, dura apenas unos pocos años, y es una propiedad que cada individuo debe perder cuando llega a la madurez.

**Naturaleza de la inmadurez:**

El potencial de la adolescencia:

La espera impone una considerable tensión. Existe un cambio en dirección del crecimiento físico y de la adquisición de verdaderas fuerzas. Junto con la fuerza, llegan también los conocimientos y la astucia para usarlas.

Solo con el paso del tiempo y la experiencia puede un joven aceptar poco a poco la responsabilidad por todo lo que ocurre en el mundo de la fantasía personal. Entre tanto existe una fuerte propensión a la agresión, que se manifiesta en forma suicida: la alternativa es que aparezca como búsqueda de la persecución, que constituye un intento de alejamiento de la locura y la ilusión.

Pero lo más difícil es la tensión que experimenta el individuo, y que corresponde a la fantasía del inconsciente del sexo y a la rivalidad vinculada con la elección del objeto sexual.

El adolescente que todavía se encuentra en proceso de crecimiento, no puede hacerse cargo aun de la responsabilidad por la crueldad y el sufrimiento, por el matar y ser muerto que ofrece el escenario del mundo. Parece que el sentimiento latente de culpa del adolescente es tremendo y hacen falta años para que en el individuo se desarrolle la capacidad de descubrir en la persona el equilibrio de lo bueno y lo malo, del odio y la destrucción que acompañan al amor.

La madurez sexual tiene que abarcar toda la fantasía inconsciente del sexo, y en definitiva el individuo necesita poder llegar a una aceptación de todo lo que aparezca en la mente junto con la elección del objeto, la constancia del objeto, la satisfacción sexual, el entretejimiento sexual. Además está el sentimiento de culpa adecuado en términos de la fantasía inconsciente total.

Construcción, reparación, restitución:

Al adolescente no le es posible saber hasta qué punto el trabajo, dado su carácter de contribución social, alivia el sentimiento personal de culpa y por consiguiente ayuda a reducir el miedo interior y el grado de tendencia suicida o propensión a los accidentes.

Idealismo:

Una de las cosas más estimulantes de los adolescentes es su idealismo. Todavía no se han hundido en la desilusión, y el corolario de ello consiste en que se encuentran en libertad para formular planes ideales. No es típico de los adolescentes adoptar la visión de largo alcance.

Todo está condensado hasta el absurdo. Omite la primordial importancia de la amistad. Omite una formulación de la situación de quienes viven para sin casarse o con el casamiento postergado. Y no tiene en cuenta el problema vital de la bisexualidad, que se soluciona, pero nunca del todo, en términos de la elección de objeto heterosexual y de la constancia del objeto. No es posible esperar que a la edad de la adolescencia el joven corriente tenga algo más que una noción vaga sobre la herencia cultural del hombre.

Lo principal es que la adolescencia es algo más que pubertad física, aunque en gran medida se basa en ella. Implica crecimiento, que exige tiempo. Y mientras se encuentra en marcha el crecimiento, las figuras paternas deben hacerse cargo de la responsabilidad. Si abdican, los adolescentes tienen que saltar a una falsa madurez y perder su máximo bien: la libertad de tener ideas y para actuar por impulso.

**En resumen:**

RESULTA ESTIMULANTE QUE LA ADOLESCENCIA SE HAGA OIR Y SE HAYA VUELTO ACTIVA, PERO LOS ESFUERZO ADOLESCENTES QUE HOY SE HACEN SENTIR EN TODO EL MUNDO DEBEN SER ENCARADOS, CONVERTIDOS EN REALIDAD POR MEDIO DE UN ACTO DE CONFRONTACION. ESTA TIENE QUE SER PERSONAL. HACEN FALTA ADULTOS SI SE QUIERE QUE LOS ADOLESCENTES TENGAN VIDA Y VIVACIDAD. LA CONFRONTACION SE REFIERE A UNA CONTENCION QUE NO POSEA CARACTERISTICAS DE REPRESALIA, DE VENGANZA, PERO QUE TENGA SU PROPIA FUERZA. ES SALUDABLE RECORDAR QUE LA ACTUAL INQUIETUD ESTUDIANTIL Y SU EXPRESION MANIFIESTA PUEDE SER, EN PARTE, PRODUCTO DE LA ACTITUD QUE NOS ENORGULLECEMOS DE HABER ADOPTADO RESPECTO DEL CUIDADO DE LOS BEBES Y NIÑOS. QUE LOS JOVENES MODIFIQUEN LA SOCIEDAD Y ENSEÑEN A LOS ADULTOS A VER EL MUNDO EN FORMA RENOVADA; PERO DONDE EXISTE EL DESAFIO DE UN JOVEN EN CRECIMIENTO, QUE HAYA UN ADULTO PARA ENCARARLO. Y NO ES OBLIGATORIO QUE ELLO RESULTE AGRADABLE.

EN LA FANTASIA INCONSCIENTE, ESTAS SON CUESTIONES DE VIDA O MUERTE.

Las pandillas. Rappia

La necesidad del ser humano de moverse en grupo queda determinada al dar sus primeros pasos en la vida, se halla en situación de dependencia total de sus padres o de figuras sustitutas de ellos. El primer grupo es, entonces, la familia. En su largo peregrinar por la vida, el ser humano se apoya en lo que es su capital ya adquirido para poder movilizarse luego hacia otras conquistas. En ese capital esta su imagen de la relación interpersonal, del vínculo con los demás, esto es, del grupo y su primer ejemplo, el más perdurable, es el esquema que conserva del primer grupo en que le tocó actuar, o sea, su propia familia.

La situación de total dependencia crea, como consecuencia, cierta esclavitud de parte de los mayores hacia el recién nacido. Esta fuerza nacida de su propia debilidad le permite el egocentrismo, característica general del niño en edad preescolar. Si se desarrolla normalmente deberá renunciar a esta forma arcaica de vínculo y adquirir otras más evolucionadas. Integrará entonces el grupo en un plano de mayor reciprocidad, abandonado la posición alternante de dependencia absoluta de un principio.

Cuanto más capacito hay quedado en su primera relación con el grupo familiar tanto mayores serán sus posibilidades de vínculo con los nuevos grupos, más dinámico será su intercambio y nueva búsqueda de otro grupo, enriqueciéndose en el contacto con cada uno de ellos.

Alrededor de la edad de tres a cuatro aparece por primera vez cierta tendencia a la formación de grupos. Indica la aceptación de una idea en este momento: la unión con otros es útil. Esto implica la aceptación de que los demás tienen algo que él no tiene y que la unión con otros de su mismo nivel y edad puede aumentar sus posibilidades en su actividad del momento: un juego. Tales grupos duran lo que dura un juego.

La necesidad de agruparse continuara durante toda la vida para el hombre.

Entre los múltiples tipos de grupos de los cuales el hombre participa en la vida, hay uno de aparición bastante universal en determinado momento de ésta: “la barra”.

La barra es el grupo formado en un momento crítico del desarrollo, por un grupo de personas que se unen inconscientemente con el fin de resolver problemas comunes.

Como todo grupo es un enquistamiento dentro de la sociedad, núcleo reducido que concentra su esfuerzo en la labor que los agrupa y, para ello, se aísla del resto.

La barra nace por la necesidad del adolescente de crear un eslabón intermedio entre su mundo familiar y el ámbito social adulto, en el cual se intentan elaborar los conflictos que actúan imposibilitándoles el paso hacia la adultez, y que nace de “la carencia de vinculo personal con el adulto”.

Este grupo tiene sus leyes y elige entre sus miembros un jefe que es miembro más prestigiado, de acuerdo con la escala de valores de ese grupo.

El mundo de los adultos está mal como ha funcionado hasta ese momento y él se siente impulsado a modificarlo fundamentalmente, en largas discusiones que mantiene con sus iguales. Esta pedantería intenta encubrir la enorme inseguridad de alguien que debe cambiar internamente en forma tan fundamental como dice que cambiaría lo externo.

Esta hipertrofia de la intelectualización es la defensa con la cual el adolescente trata de compensar su capacidad para actuar.

La susceptibilidad y la desconfianza ponen el sello en su personalidad. Oscila entre el desprecio por los problemas infantiles por un lado, y el rechazo de la ayuda proveniente de un adulto, por otro. Sufre crisis de alegría y tristeza, el altruismo alterna con crisis del egoísmo más absoluto, la pulcritud de vestir alterna con crisis del egoísmo más absoluto, la pulcritud en el vestir alterna con momentos en que se hace desaliñado e incluso sumamente sucio.

Cuando el adolescente evoluciona convenientemente, llega el día en que tiene sus maletas hechas y está listo para emprender el viaje. Su madurez biológica se encuentra entonces acompañada de la madurez afectiva e intelectual. Habrá logrado ese equilibrio consigo mismo en la medida que se haya reconciliado con los valores positivos y negativos de sus padres o sus sustitutos, maestros, etc., y con los valores del mundo. Podrá entonces reconectarse con el mundo y comenzar a accionar en él. Disminuirá su cavilar y aumentará el actuar.

El adolescente que no logra superar esta crisis, porque ya arribo a esta etapa con un excesivo hándicap, no encuentra lugar en la organización social y puede verse obligado a buscar refugio entre sus pares formando las “pandillas”; grupos patológicos, de seres marginados.

El adolescente cuando se encuentra inadaptado en tal grado que no logra ninguna forma de integración social, puede constituirse en el delincuente que ni siquiera en la pandilla logra sentirse acompañado y está destinado a ser el jefe que se sirve del grupo sin salir de este rol particular. Utilizará al grupo patológico actuando contra esa sociedad de adultos que le resulta intolerable. Podríamos decir que lo que el adolescente normal fantasea, el patológico lo actúa, con la agresividad característica de esta época de la vida. Y para dar rienda suelta a esa agresividad, nada mejor que el grupo, que posee en pequeña escala muchos de los mecanismos protectores de la masa. El individuo en masa es capaz de lo que ni imaginaria como ser aislado. La ira de cada uno se apoya y potencializa con la del vecino y la responsabilidad por el daño se diluye entre todos.

En la pandilla, la moral del grupo social con que convivían es reemplazada por el código moral de la banda. Se reúnen en una sociedad propia para convivir como se les antoja.

En resumen, una pandilla es un conjunto de inadaptados que se segregan de la sociedad a la que no han podido adecuarse, sienten por ella intenso odio y se defienden mediante el aislamiento. Han fracasado en el intento de adecuarse al mundo en una nueva posición, no han logrado la suficiente elasticidad y se han quebrado. En términos generales podemos decir de ellos que necesitan actuar mucho y pensar poco, buscando una continua descarga agresiva.

Son personas que no han logrado el nivel necesario para poder aceptar que el mundo tiene elementos valiosos, que pueden desearse y ser conquistados. Reconocer el valor que los demás poseen es el primer paso imprescindible para desear aprender y la defensa contra una seria limitación es el desprecio: el odio y la agresión resultan una filosofía por la cual no es que no se tiene porque no se ha hecho todavía el esfuerzo para ganarlo, sino que, somos dueños del mundo, si lago les falta, es porque quien tiene lo que ellos desean debe haberlos despojado.

La vida es un continuo aprender, un continuo adquirir capacidad de actuar, de transformar lo que era imposible ayer en un logro de hoy. En la vida en sociedad existe un proceso de continua “digestión”, pues en cada momento llegan hasta nosotros conceptos y conductas de los demás que son distintos de los nuestros. Nosotros, a nuestra vez, impactamos en los demás con nuestra conducta, modificando ideas o modos de su vida.

La capacidad de tomar y asimilar los mejores elementos que nos llegan del resto del grupo, neutralizando y excretando lo negativo que pueda tener, es manifestación de capacidad vital.

Consideraciones sobre algunas presentaciones psicopatológicas en la adolescencia. Roberto Elgarte

Las vicisitudes propias del tránsito adolescente pueden producir diferentes ruidos: psicosis, adicciones, bulimia y anorexia, violencia, delincuencia, suicidio, fobias, rituales y/o acciones obsesivas, histerias, crisis permanentes o transitorias, dificultades de aprendizaje, etc. Los denomino ruidos porque esto abre la cuestión acerca de cómo y desde donde vamos a escuchar las conductas psicopatológicas de los adolescentes.

Knobel se refería a la adolescencia como un síndrome de normal anormalidad. Lo normal, lo esperable en la adolescencia implica cierta anormalidad. Winnicott vincula a la inmadurez como potencial creativo del adolescente.

Se debe tener cierto resguardo con respecto a los rótulos o calificativos con los que alguien considera o nombra a otro/ otros, en tanto pueden obturar nuestra escucha y provocar efectos nocivos en nuestros adolescentes. Cómo nos nombramos y cómo somos nombrados es de vital relevancia en la manera de posicionarnos en el mundo. Se cree que rotulando se conoce algo y en realidad sucede lo contrario. El camino a la verdad siempre será parcial.

La idea de toda neurosis se topa con ese punto imposible de representar, lo que queda ligado a la angustia. Entonces, no nos sorprendamos con los variados ruidos que los adolescentes producen: se responde como se puede, cada uno con los recursos de su estructura, intentos a veces de ensayo y error, de llamado a otro adulto que sancione, sostenga y legitime su accionar.

El docente no debe asustarse ni rotular, pero sí orientar.

Anorexia: para algunos psicoanalistas, cuando aparece a los 13, 14 años, próximas a la pubertad, quedan ligadas a la dificultad para integrar el nuevo cuerpo y suelen ser transitorias.

El conflicto psíquico se manifiesta a nivel cuerpo y no de las funciones alimentarias en el carácter plural de la anorexia.

El síntoma anoréxico pretende desafiar las leyes biológicas. En ese caso es una afirmación del poder sobre sí mismo.

Lacan señala que el rechazo anoréxico por la comida es un intento de defender el deseo de sujeto frente al carácter asfixiante de la demanda del Otro. Restricción anoréxica como tentativa de ruptura. La anorexia muestra al sujeto bajo el imperativo de consumo, se consume.

Lo esperable será que el individuo con signos de anorexia pueda encontrar un tratamiento psicoanalítico que de palabras a lo silenciado, a lo oculto, a lo secreto, que interrogue sus síntomas, que haga surgir una conflictiva para que pueda ubicarse de diferente manera en el mundo. Los que consideran la anorexia como un simple trastorno de la alimentación proponen como única terapéutica un programa de realimentación. A veces mejoran, pero sosteniendo un dolor masoquista, un vínculo amo-esclavo. El psicoanálisis propone otra cuestión: atender al que sufre, que padece, que demanda ser oído más allá de su anorexia.

Bulimia: se trata de una conducta impulsiva hacia la comida. Los llamados atracones son actos generalmente en soledad, privados, donde se come vorazmente.

Para muchos autores, las conductas bulímicas y anoréxicas dependen de una misma conflictiva y resultaría difícil trazar una línea diferencial entre ambas. Otros analistas conciben la bulimia como una toxicomanía sin droga; enfatizan el goce oral, los atracones como una orgia.

El síntoma puede expresar diferentes conflictos: con la sexualidad, con la crisis adolescente, con la agresión, etc. En ocasiones se trata de una carencia que se intenta calmar comiendo.

Violencia: la crueldad se nos presenta como un rasgo de la humanidad, como diferentes modalidades de regular la renuncia pulsional. Apunta a la lucha con el semejante por el prestigio, cuestión que Freud llamó narcisismo de las pequeñas diferencias y que Lacan desplegó en referencia a la tensión agresiva especular entre el yo y el semejante. En general la respuesta violenta busca cierta sanción simbólica desde el lugar del Otro.

Winnicott nos dice que la adolescencia es un estado de prepotencia que incluye la idea del hombre que triunfa sobre otro hombre. Prepotencia podemos pensarla por un lado como el intento de ser más potente que otros. Y por otro, como prepotencia, o sea, como la potencia aún no realizada, como estado previo, anterior a la potencia, más cerca entonces de la impotencia y como tal, lugar generador de violencia.

Adicciones: deben ser pensadas en términos de conducta adictiva como encuentro-desencuentro entre: a) las vicisitudes de la crisis adolescente, b) el mandato cultural del discurso capitalista que invita a anestesiar la angustia y la oferta de droga, c) las marcas de estructura, d) el azar. En la interacción de estos factores se puede dar lugar a una conducta adictiva, que en algún punto todo humano presenta y que en algunos se convierte en un camino facilitado, que se presentifica lo sin dicción, manera de intentar eludir el encuentro imposible con lo real. Y sabemos que cuando un recorrido se fija, se cristaliza, “cuando la droga se busca como solución” no es sencillo abandonar ese camino. Con respecto al abordaje terapéutico también se abre un abanico de posibilidades: desde las internaciones, los centros de atención de atención de adictos, los tratamientos ambulatorios, tratamientos grupales o individuales, exigencia o no la abstinencia para poder atenderlos, etc. Algunas veces la adicción es un síntoma, otras es signo, en tal caso intentaremos convertirlo en un síntoma a interrogar. La apuesta nuevamente vendrá por el lado de la singularidad, de poder escuchar algo más allá de la adicción, propiciar el camino de la verdad del deseo.

* Abordar las presentaciones sintomáticas en la adolescencia nos conduce a encarar las nociones de:

Acting out: es la traducción inglesa del agieren que Freud plantea en torno a la problemática de la repetición y el recuerdo para designar el mecanismo por el cual el sujeto actúa de deseos reprimidos en vez de recordarlos. Para lacan, constituye esencialmente un llamado al Otro, un mensaje cifrado que se dirige a Otro. Es un mensaje en que hay sujeto, una escena y la mirada del Otro. Se muestra lo que no hay bajo la forma de que hay.

Será un recurso en términos de puesta en escena, imágenes que se ofrecen a la mirada, llamado más o menos desesperado al Otro que hace que el universo adolescente esté marcado por una dimensión de vulnerabilidad, inestabilidad y riesgo. El acting tiene en general la matiz de desafío, de impacto, de desborde; urgencia por encontrar un sentido unívoco de sí mismo, frente a lo angustiante de lo incierto.

Pasaje al acto: nocion importada de la Psiquiatría para designar conductas impulsivas destructivas. Supone una salida total de la escena, como huida del Otro, salida de la red simbólica, disolución del lazo social; o sea, perdida de la esperanza de encuentro con el Otro. Caída del fantasma como soporte del deseo. Se busca eludir una situación que se vive como sin salida, del orden de lo intolerable. Estos van desde suicidios a abulia, deambulación sin rumbo, ciertas adicciones, violencia y otras conductas menos ruidosas. A veces un pasaje al acto puede ser constitutivo del adolescente, en el sentido de intento de separación de los objetos primordiales y a posteriori ser significado como acto.

Acto: no se trata de una mera conducta sino que es un concepto ético en tanto implica la responsabilidad del sujeto por el deseo inconsciente. No hay sujeto del acto; el acto no se deduce ni se calcula, es del orden de la certeza y del riesgo. Lacan lo define como aquello que sucede en el lugar de un decir y que cambia al sujeto. Un acto permite al sujeto transformarse retroactivamente, marca un antes y un después. Supone una operación de franqueamiento, por un lado franquear la represión y por otro como travesía, poder ir más allá de la repetición, poder circular por carriles diferentes.

Malestar en el docente. La educación confrontada con el psicoanálisis. Cordié

Naturaleza de este saber:

El saber del enseñante corresponde a una suma de conocimientos adquiridos en sus años de estudios y transmitidos por maestros que los habían recibido a su vez de sus propios maestros. No hay nada que inventar, no hay nada que crear: el docente es un eslabón en cadena del saber que se transmite de una generación a otra. Lo único que él inventa es la manera de “poner en escena” las ideas a explicitar.

Lacan distingue cuatro discursos: del Universitario, del Amo, de la Histérica y del Analista. El título de su seminario “El revés del psicoanálisis” designa al discurso del Amo, marcando de este modo la antinomia intrínseca entre el discurso del Amo y el del Analista: “El revés del psicoanálisis es precisamente lo que propongo este año bajo discurso del Amo”, dice. En la escritura de estos cuatro discursos encontramos los mismos términos en lugares diferentes: el “$”, el “a”, el “S1” (significante del amo), el “S2” (el saber). Lacan señala para cada uno de ellos un “lugar dominante”, también llamado lugar del agente: para el discurso del Amo es el S1, para el discurso Universitario, el S2, asimilado a la ciencia, para la Histérica, es el síntoma que da cuenta del sujeto divido; para el analista, el pequeño a. El lugar dominante en el discurso del Amo será el S1, ese significante que Lacan identifica, a lo largo de este seminario, con la ley y con el derecho, con el orden o con el mando.

En un momento ulterior de esta enseñanza dirá que el lugar dominante en el discurso Universitario es el S2, el saber: al S1, lugar del orden y del mando, lugar sostenido en el discurso de Amo, le sustituye, en el discurso Universitario, un saber surgido del discurso de la ciencia.

El docente, más allá del nivel en que opere, se inscribe en el discurso universitario, y por lo tanto en el discurso de la ciencia.

Discurso universitario – Discurso de la ciencia:

“la ciencia remite a una articulación tomada exclusivamente del orden significante, se construye a partir de algo de lo que antes no había nada”. Se trata de un saber enteramente autónomo del saber mítico… esta forma de saber sirve incluso para reprimir lo que habita en el saber mítico.

El temor a quedar encerrado en el discurso de una ciencia formalista, desubjetivante, utilitaria, tiene expresiones inesperadas; Cordié piensa en lo que sucedió durante los últimos años: el rechazo de las carreras científicas y la inscripción masiva de los estudiantes en materias pertenecientes a las ciencias humanas.

“El saber sirve a la represión”, dice Lacan, oculta la verdad del inconsciente y robustece las defensas. La investidura matemática, llevada a su nivel más alto, puede tener incluso una función de “suplencia” en la psicosis, impidiendo la más minima aparición de síntomas y permitiendo al sujeto vivir “normalmente”

El docente, por su parte, no puede quedarse demasiado tiempo en el aislamiento del investigador o del escritor; su mero saber no le permitirá protegerse de sus demonios ni llenar su vacío interior, porque este saber él debe transmitirlo y de esa forma afrontar al otro. Interpelado, sacudido en su ser y en sus certezas por las demandas apremiantes de que es objeto, su saber teórico será insuficiente para proteger su “retiro”.

La transmisión del saber en el docente:

Su formación pedagógica hace creer al docente en la posibilidad de controlar totalmente los procesos de aprendizaje. Cree en una transmisión neutral, sin implicación subjetiva, sin estados anímicos. Impregnado por el discurso Universitario y por la creencia en la supremacía de la ciencia apegado a la lógica y al razonamiento, el enseñante deberá cambiar de rumbo ya desde las primeras clases.

Ciertas teorías suministran a los docentes coartadas “científicas” que los fijan aun en mayor medida a sus certezas: me refiero especialmente a las teorías congnitivistas.

El cognitivismo es muy ponderado en la actualidad pues responde a las preocupaciones profesionales de los docentes y acompaña su reticencia a reconocer el lugar que ocupa el inconsciente en su práctica.

Este enfoque resulta intelectualmente seductor pues apela a la razón, a la reflexión y a la voluntad. Habría un error en la apreciación de la realidad y este error, del que derivan trastornos psicológicos, podría corregirse a través de un aprendizaje adecuado. El sistema (consciente) de creencias erróneas se vería revisado y reelaborado en una suerte de gestión de sí mismo.

¿Qué sucede con el sujeto en el ejercicio de sus funciones?

El término “vocación”, utilizado por el docente, expresa claramente la implicación afectiva del sujeto en la elección de esa profesión. Sin embargo hay muchos casos en los tal elección no responde a razones ideológicas sino que puede ser consecuencia de un fracaso en otros terrenos. Estas elecciones razonadas no son las menos válidas pues muestran cierta puesta a distancia y suelen ser preferibles a motivaciones de índole más pasional.

El deseo de saber y su impedimento: el fracaso – síntoma:

El fracaso escolar podría ser la respuesta a un trauma vivido por el sujeto e incluso una actitud reactiva frente a una situación embarazosa. Podría ser también la expresión de una carencia educativa que dejó al niño indefenso, sin las bases estructurales necesarias para encarar los aprendizajes cognitivos.

 El fracaso está íntimamente asociado a un conflicto psíquico. Es lo que llamaremos fracaso – síntoma. Aquí se asocian la angustia, el conflicto y la inhibición intelectual. El resultado de esta inhibición será el fracaso con todas las consecuencias secundarias: pérdida de la autoestima, depresión, a veces marginación. Sufrimiento a causa de la depreciación de su imagen.

También está el sufrimiento neurótico; corresponde a un malestar íntimo, a un conflicto inconsciente. Se lo reconoce por algunos indicios: un niño o un adolescente que tienen todas las aptitudes para triunfar, no lo consiguen. No trata aquí de carencia educativa mayor, de dificultad de razonamiento, de retraso lingüístico evidente: es un fracaso inexplicadamente incompresible.

El síntoma es una formación del inconsciente:

El síntoma es una formación del inconsciente, indica la división del sujeto, su esquizia, por la misma virtud que el sueño o el lapsus. El síntoma encierra un sentimiento ignorado por el sujeto, quien no se reconoce enteramente en él. El sujeto no comprende lo que le empuja (pulsión) a actuar así o, al contrario, lo que lo incapacita para actuar (inhibición).

El síntoma es un sufrimiento íntimo, oculto, a menudo no identificado. El sufrimiento del síntoma es silencioso, no pasa de entrada por la palabra y puede adoptar, paradójicamente, la forma de un goce. En el plano inconsciente este sufrimiento está dirigido al Otro y se concreta en determinado momento en una queja expresada en general al médico.

Es infrecuente que el sufrimiento manifestado se reconozca de entrada como psíquico, lo que ocurrirá por lo general después de un largo trayecto sembrado de esperanzas y fracasos terapéuticos.

En un primer tiempo se trataba de manifestaciones somáticas aisladas. El docente enfermaba y estas enfermedades parecían carecer de todo nexo con un malestar psíquico cualquier; la intriga empezó con su repetición y con su surgimiento al reiniciarse las labores docentes. Una causalidad se abrió paso y la queja se focalizo sobre la causa supuesta: se incriminó a la función docente, y el trastorno, reconocido entonces como “psicológico”, recibió el nombre de depresión. De aquí en más, las cosas estaban en su sitio: la queja pudo desplegarse, las causas traumáticas inherentes a la función se precisaron, el sufrimiento psíquico fue identificado e ingresó en la nosografía bajo la denominación de “fobia escolar de los docentes”. La causante de la enfermedad era la profesión. El síntoma realiza su trabajo de compromiso, la fobia cumple su papel de revelación del malestar.

Hay un abismo entre la queja y la interrogación del sujeto sobre sí mismo a raíz de su sufrimiento. Es este un trayecto largo y doloroso, pues consiste primeramente en reconocer su división y luego en intentar reapropiarse de aquellas partes de sí que él quisiera, en el fondo, seguir ignorando. Es ahora cuando puede surgir la demanda a otro del saber y cuándo podrá iniciarse un trabajo encuadrado en la transferencia.

Este proceso es diferente en el niño. Aparte de que no hay al comienzo demanda propia, las cosas se complican por el impacto que producen los fantasmas parentales sobre sus síntomas, ya que solo el hecho de reconocer la naturaleza sintomática del fracaso escolar de su hijo se torna difícilmente aceptable para los padres.

No basta que el sujeto se asigne a sí mismo el origen de sus males para que pueda efectuar una demanda de análisis, porque el deseo de saber se ve contrarrestado por el miedo a saber demasiado: el sujeto olfatea el peligro, teme descubrir sus propias grietas y no poder recuperarse de ello. Aquí está el odio al saber, a ese saber insabido del inconsciente, aquí esta lo que Lacan llama “pasión por la ignorancia”.